

un fragmento encontrado en un manuscrito, *Von den Gleichnissen* («De las alegorías»), según fue luego titulado, pero que no necesitaré decir, por innecesario y superfluo.

Y que no se olvide, para con este texto, el *Juan de Mairena* de Antonio Machado. Acaso, su recuerdo, me haga algún favor.

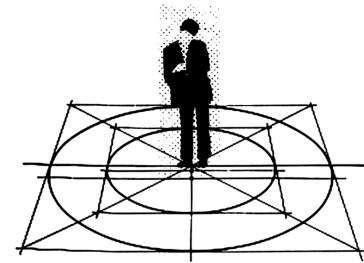
Hoy me levanto, tiempo después de haber escrito *Las indagaciones* y a pesar de lo mucho que me empeñe y de las muchas razones ya desgranadas y, sobre todo, a pesar de lo mucho que lo desee, pienso: aquí pueden leerse unos relatos, unos cuentos.

Juntos forman quizá una especie de libro de relatos morales, aunque su moralidad sea más falsa que una moneda que uno pueda acuñar en casa. Pero esas monedas también brillan y, por otro lado, que no sean moralizantes del modo que debieran no quiere decir que no describan el mundo.

Así, *Las indagaciones*, creo; lo que pueda ser que sea.

Madrid, septiembre de 2020  
Carlos Bueno Vera

APARTE Y DESPUÉS Y, NO OBSTANTE, DENTRO;  
O, DICHO DE OTRO MODO, EXPLICACIÓN PARA  
AQUELLOS QUE ME IMPORTAN (ESTO ES, QUE ME  
AMAN, ME HAN AMADO O ME AMARÁN; PORQUE  
AMAR ES UNA PROMESA, FORMA PARTE DE UN  
COMPLEJO PACTO ROMPIBLE QUE ESTÁ EN EL  
FUTURO DEL MISMO MODO QUE LO QUE TODAVÍA  
VIVE EN EL PASADO O DEL PASADO SUELE ESTAR  
VAGAMENTE ENSOMBRECIDO POR REPROCHES)



¿Qué es este libro? ¿Un ensayo, una novela, un libro de poemas o de cuentos? Este es un libro como los que me gustan, podría decir alguien y dejar zanjada la cuestión. Yo, por mi parte, no lo sé, pero es un libro que se abre de par en par y, aunque no me molestaría que pudiera leerse como al lector le pareciera, hoy decido –y me pregunto qué poder tengo yo sobre mi texto, una vez publicado– que sea un libro de poesía, «textos en poesía», si eso pudiera ser.

Desearía que se sintiera cerca de la poesía de Emilio Adolfo Westphalen y de Rosmarie Waldrop –quien me dio la idea de volver al primer Wittgenstein, fundamental para este poemario–, ya que, cuando trabajan con la prosa de lo narrativo, consiguen sobrepasar, superar, lo anecdótico, lo episódico que se suele observar en aquello último, para así poetizarlo. La lectura de los pensamientos de Joubert y de Chamfort también fue de importancia, así como alguna cosa de Jabès y Derrida, que se cuela involuntariamente entre mis palabras. Cuando el lector reconozca algo de sus textos que no dude que les pertenece; por mi parte, espero haber hecho algo de estos hurtos y que no sean, sin más, meros desplazamientos o fantasmagorías,

porque no está de más recordar que habitar la palabra de otro no es muy distinto a observar a un fantasma habitar nuestra propia casa.

Hoy, ya que hoy es ya otro día, decido que no, que este libro no es un poemario, sino una novela; que este libro que pensaba que era de «textos en poesía» es, en verdad, una novela cuyos dos personajes principales se quieren y se odian; que recelan el uno del otro y, no obstante, se buscan; dos que cuentan lo que pueden, todo lo que los atraviesa y todo lo que permanece en ellos.

Así, por tanto, me doy cuenta de que debo señalar un par de libros que me ayudaron a avanzar esta novela obsesionada por el dos, como si cosa tan íntima sólo pudiera tener lugar en ese binomio; estos libros son *Centuria* de Giorgio Manganelli e *Historias del señor Keuner* de Bertolt Brecht. El (ocasionalmente) señor K. de esas historias tendría mucho que matizar y mucho que añadir a estas indagaciones; un señor K. que no deja de ser, siempre bajo mi mirada, *otro* K., alguien que asoma siempre a estos textos y del que debería citar